

El día que volé

Ginimar de letras

Image not found.

Capítulo 1

Un día estaba en un prado lleno de flores
cuando, de repente,
empezaron a brotarme plumas en las manos.
Se extendieron por todo mi cuerpo
y mi boca se convirtió en pico.
Me había transformado en un pájaro.

Extendí mis alas y remonté el vuelo.
Me dejé llevar por la brisa de la mañana
y sobrevolé montañas y valles
hasta llegar a la ciudad.
Las personas que paseaban por sus calles
eran diminutas como hormigas
y durante todo el día y toda la noche volé.

Cuando posé mis patitas en el suelo
se volvieron pies de nuevo.
Intenté convertirme en pájaro otra vez
pero no lo conseguí.
Desde entonces no he podido olvidar
esa sensación de libertad
y dediqué mi vida a buscarla.

Tardé dos años en volver a sentirla.
La segunda vez que volé
llevaba unos esquís bajo mis pies.
Al deslizarme montaña abajo
la brisa volvió a susurrarme al oído:
– Vueeeela... vueeeela... –

Cogía velocidad e intentaba saltar muy alto.
Aprovechaba cualquier desnivel
para elevarme por encima del suelo.
Mi corazón daba un vuelco
y creía que podría remontar el vuelo
pero caía de nuevo.

Y así, una y otra vez,
un día tras otro,
hasta que pasados varios años
me resigné a la cruda realidad.
Tal vez nunca fui un pájaro.
Tal vez solo lo soñé.

Pasaron los años
y dejé atrás mi sueño de volar.
Dicen que crecí.
Yo no me he dado cuenta.
Sigo siendo la misma
que vistió una noche
un cuerpo de pájaro.

Y cuando menos lo esperaba
volví a volar
aunque en esta ocasión
no era yo quien empuñaba las alas.
Soñé que lloraba en mi habitación
cuando, de pronto,
se abrieron las ventanas de golpe
y un águila majestuosa entró.

Me dijo: –Has perdido tus alas pero perteneces al cielo. Ven conmigo.
Me monté en su espalda,
me aferré a las plumas doradas de su cuello
y me perdí en la noche.

Con el alba
el sueño volvió al país de los sueños
y yo volví a mi vida,
con los pies en el suelo
y el desconsuelo en el corazón.

Pero aquel día le conocí
o debería decir que le reconocí,
sentado sobre un pupitre
mirando por la ventana
volando tan alto y tan lejos de allí
como solo un soñador puede volar.

Miré a los ojos del águila
y me vi reflejada en mi forma real.
Dicen que eso solo sucede cuando encuentras
a tu verdadera alma gemela,
pues es la única cuyos ojos reflejan como un espejo
los deseos más profundos de tu corazón.

No somos lo que conseguimos
ni lo que parecemos.
Somos lo que soñamos.
Soñé que volaba y volé porque soñaba.
Y así fue como mis sueños se hicieron realidad
y aprendí la verdadera y más intensa forma de volar:

el amor me devolvió las alas
y volví a sentir la libertad
del que nunca ha dejado de soñar.